El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8717 DIARIO DE LA NOCHE. TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 15 Noviembre 1890.

AFAMADOS

CHOCOLATES SUIZOS

DE

PH. SUCHARD

NEUCHATEL.

En la tienda de D. Alejandro Córdoba, se ha establecido el depósito único en esta ciudad de los CHOCOLATES SUIZOS al gusto español (garantizado puro cacao y azúcar) á los precios de 4, 5, 6 y 8 reales los 460 gramos.

CALLE MAYOR, 38.

ECOS DE MADRID.

14 de Noviembre 1890.

Cualquiera diría en vista de las impresiones que recibimos al leer los periódicos ó al saber las noticias que nos cuentan los que leen con asiduidad, que todavía duraba la crisis de la carne.

No es así por fortuna; el Ayuntamiento después de haber sido aprendiz de carnicero durante dos ó tres días, entró en negociaciones con los carniceros de verdad y los proveedores de carne; y gracias á este arreglo que muchos creen provisional, pero que seguramente será definitivo, el pueblo de Madrid ha podido volver á comer carne, pero, lo repito la lectura de los sucesos que nos preocupan y entretienen nuestra atención más parece el resultado de una comida de viernes que no el efecto de una buena comida ilustrada con el que llegó á ser mitológico solomillo y con la suculenta contratapa que hace el buen caldo, alegra el estómago y sostiene las fibras.

Abre uno un periódico y tropieza con el crimen del Jardinito, ó el crimen de Zarratón, ó el asesinato de los niños del Canal. Al lado de estos recuerdos de espantosos crímenes, aparece la narración de los frenéticos entusiasmos de aragoneses y catalanes, la reproducción de aquellas escenas nunca vistas desde los tiempos del absolutismo en que los hombres no vacilaban, movidos por el entusiasmo político, á hacer alarde de modestia reemplazando á los caballos para tirar del coche de su ídolo.

¡Qué contraste! En una parte aparece el jurado examinando á los testigos que demuestran con sus declaraciones que un matrimonio relativamente en posición desahogada, no vacila en cometer un espantoso crimen por apoderarse de unas miserables monedas de un criado que ha tenido á su servicio, monedas que quizás ellos mismos le han dado en forma de salario, después de muchos años de utilizar su servidumbre.

Por otra parte, la vista de la causa del que en Córdoba mató á cuatro ó cinco personas en medio de un escenario que, según las descripciones que de él nos hacen, era un verdadero verjel con flores, con naranjos, con todos los encantos de que la tierra andaluza sabe rodear á los seres que habitan en su seno, nos presenta al lado de esta belleza natural lo horrible y feo del corazón humano que se agita impulsado por la depravación; y cuando impresionados por estos horrores, volvemos nuestros ojos á donde sonríe la alegría, la espansión, que no porque sean políticas dejen de ser gratas al ánimo, un inesperado y sensible suceso trae de nuevo la alarma á nuestro espíritu, nos contrista y coloca á la población de Madrid en un conflicto que solo puede resolver el sentimiento de la caridad.

La Fábrica de Tabacos se incendia. Nadie sabe cómo; lo único que nos dicen es que en aquel inmeso laboratorio no quedaba nadie absolutamente, por la noche; solo vivía allí en medio de la soledad y el silencio una caldera encendida para que al día siguiente no perdieran tiempo los operarios. Pero los detalles de este siniestro los han referido ya los diarios noticieros con gran minuciosidad manchando con la nota triste la nota cómica al manifestar, no sin alguna razón, su asombro porque ha ardido el tabaco que sirve la Tabacalera á los fumadores y que no sin trabajo logran estos que ardan, sosteniendo una lucha cuyos resultados suelen ser favorables á los que se dedican á recoger colillas.

Las cigarreras, lo mismo en Madrid que en todas las poblaciones en donde hay Fábrica de Tabacos tienen el privilegio de inspirar interés. Por regla general amenizan su vida laboriosa con motines que revelan su empuje y se las admira y se las respeta porque unen á su belleza, á su gracejo, á su desparpajo, fuerza, valor y audacia. En Madrid por ejemplo, si se echaran á la calle no habría quien las pusiera á raya; porque los mismos soldados á pesar de la disciplina se rendirían á discreción ante aquellos ojos de fuego y aquel garbo que es proverbial en las cigarreras.

Mas de seis mil personas se quedan en la miseria si las cigarreras de Madrid no trabajan. Así es que lo que urge es habilitar locales para que sigan ganando jornal ó socorrerlas para que la necesidad no las obligue á repetir al aire libre los motines que tanto dan que hacer cuando se suscitan en la Fábrica á puertas cerradas.

Los dos medios tendrán que adoptarse si no se quiere que después de apagado el incendio de la fábrica continúen las cigarreras quemándose la sangre. Hasta ahora las disposiciones tomadas por la sociedad arrendataria merece aplauso. Aunque ahora pierda dinero ya se encargarán los fumadores de resarcirla.

Según informes, en el incendio han perecido 48 gatos! Nadie ha contado los ratones que se han achicharrado.

Julio Nombela

LO QUE GANA LA RULETA

El «Times» ha mandado uno de sus redactores á Monte-Carlo para enterarse de cómo andan las cosas en aquella gran casa de juego de fama europea.

Monte-Carlo, segun el periodista inglés, ha perdido mucho en explendor y en elegancia, pero gana más dinero que nunca.

Las acciones, cuyo precio de emisión era 500 francos, valen hoy 1500 y 1600 francos; cobran un dividendo fijo de 25 francos al año y un dividendo eventual, que depende de los beneficios de la casa y que oscila entre 150 y 170 francos por acción. Este año los negocios del Casino marchan tan bien, que es probable que el reparto sea de 180 francos por acción.

Las ganancias de la empresa en la ruleta son fabulosas. Por término medio, poniendo uno con otro los días de un año, cada mesa de ruleta deja diariamente de beneficio neto á la empresa de 20.000 á 25.000 reales. Funcionan continuamente ocho ruletas y están construyendo un pabellón nuevo para colocar otras dos.

De treinta y cuarenta no hay más que dos mesas, porque en este juego las probalidades entre punto y banquero son más iguales y por lo tanto paga menos el Casino que con la ruleta.

El total de los beneficios de la empresa es de unos treinta millones de francos al año.

Los gastos son también enormes. De las ganancias producidas por el juego paga la empresa una subvención anual de 5 millones de reales al príncipe de Mónaco por la concesión del privilegio para pagar. Y paga también los sueldos de los ministros y de las autoridades del principado, del clero y de las órdenes religiosas, de la magistratura y de los jueces, de los municipios y de la guardia de honor del príncipe, de la policía y hasta de los bomberos.

Es decir, que de la ruleta y del treinta y cuarenta salen los gastos de todo un Estado, porque los habitantes de Mónaco apenas pagan contribución.

El privilegio de que disfruta la compañía arrendataria de juego en Monte-Carlo espira en 1913.

Para entonces proyecta el príncipe Alberto prohibir la ruleta en sus Estados y expulsar á los jugadores.

El príncipe es rico: heredó la gran fortuna hecha por su padre, que estaba arruinado cuando llegó Mr. Blanc á Mónaco á proponerle el traslado á Monte-Carlo de las casas de juego de Hamburgo, además se ha casado con la opulenta duquesa de Richielieu. Puede, por lo tanto, permitirse el lujo de ser puritano.

La empresa del Casino ha previsto el caso.

Todos los años deja un millón de pesetas en un fondo de reserva que ha creado hace poco, y cuando termine su concesión le sobrará dinero para trasladarse á otra parte, probablemente á Marruecos si continúa siendo reino independiente, ó para devolver su capital bastante aumentado á sus accionistas.

Mientras tanto, el nivel de elegancia de Monte-Carlo ha decaido mucho. Va más gente que en otro tiempo, pero es menos selecta.

El «superchic» ha huido de aquellos lugares.

JUAN ORTH

(EL ARCHIDUQUE JUAN DE AUSTRIA)

Desgraciadamente parece que se confirma la noticia del naufragio del buque «Sainte Marguerite», que mandaba el exarchiduque Juan de Austria, en las inmediaciones del cabo de Hornos.

Había salido de Ensenada, en la desembocadura del Rio de la Plata, el día 20 de Julio, y aun cuando desde aquel puerto al de Valparaiso hay 7000 millas marinas, ningún barco de vela ha tardado 112 días en recorrer tal distancia.

A la verdad, es muy difícil doblar el cabo de Hornos, y Juan Orth hacía su primer viaje, ha debido lucharr con dificultades inesperadas, pero precisamente esta hipótesis da lugar á creer que el archiduque ha perecido.

En una carta que escribió el 10 de Julio decía:

«Mi primer capitán, Zodicu, está enfermo, y he tenido que bajarle á tierra. Además, me he visto obligado á despedir otros dos oficiales que no me convenían. Soy, por consiguiente, mi propio capitán, y voy á tener que ir á Valparaiso sin ningún oficial.»

Todos los marinos dicen que esta es una de las travesias más difíciles que se conocen.

Una existencia muy hermosa ha terminado en una roca ignorada de la Patagonia.

El archiduque Juan había nacido en Florencia el 25 de Noviembre de 1852; era el menor de los hijos del gran duque Leopoldo de Toscana, que abdicó el 21 de Julio de 1859 en favor de su primogénito.

Aquella abdicación fue inútil; la familia ducal salió de Toscana y se estableció en Austria, donde Leopoldo II murió en 1870: su mujer, la gran duquesa Antonia, madre de Juan Orth, vive aun, tiene setenta y seis años y vive en Orth, cerca de Gmunden, en la Alta Austria.

El hijo mayor vive en Salzoourg con el nombre de Fernando IV, gran duque de Toscana.

Los restantes hijos son el archiduque Carlos Salvador, cuyo hijo Francisco Salvador acaba de casarse con la archiduquesa María Valeria, hija del emperador de Austria; el archiduque Luis Salvador, que vive en la isla de Mallorca; la condesa de Trápani, y la princesa de Isenbourg-Birstein.

El archiduque Juan, educado en las más severas tradiciones de la familia de Habsbourg, en una atmósfera de respeto, de tradición, de espíritu religioso, demostró desde sus primeros pasos en la vida que no se parecía en nada á sus parientes.

Fue destinado á servir como teniente en un regimiento de guarnición en Galitzia, y allí publicó el año 1875 un folleto militar atacando rudamente al ejército austriaco y á la alianza con Prusia de que entonces empezaba á hablarse.

El emperador le castigó primero y le dió un ascenso después.

En 1876 era coronel de húsares; en 1879 general. Entonces publicó un libro *Doma ó Educación*, en el cual condenaba de una manera absoluta el sistema de instrucción de los soldados y atacaba de nuevo la alianza alemana.

Por este motivo cayó en desgracia y fue enviado á mandar una división en Linz, donde pasó los ocios del servicio de guarnición de diversos modos; escribió la música de un baile representado en Viena, y fue en una especie de canoa desde Linz á Viena.

Un día que asistió á una sesión de espiritismo en la corte, vió que el «medium» engañaba al público, y saltando al escenario empezó á pegarle.

El archiduque Rodolfo era amigo suyo, y ocurría con frecuencia que desaparecian juntos durante días enteros, con gran susto de la familia imperial.

Aquella vida duró 5 años, al cabo de los cuales envió su dimisión al emperador con una carta, en que decía que le hallarían en su puesto si hubiese guerra, pero que abandonaba el ejército porque le parecía inútil en tiempo de paz.

La dimisión fué aceptada, pero en tales términos, que el archiduque no volvió á parecer más por la corte.

Seis meses después pidió al emperador que le autorizase para renunciar á todos sus títulos y dignidades, pues quería ser sencillamente Juan Orth y examinarse de capitán de marina mercante de altura.

Como no había en la corte gran interés por retenerle, se le concedió la autorización. El archiduque se examinó en Fiume, tomó el nombre de Juan Orth y en su primer viaje ha perecido.

Se añade una especie de novela á esta verídica historia.